



CHISTE GRACIOSO DE UN MEDICO Y UN ARRIERO.

VAN PUESTOS AL FIN UNOS TROVOS NUEVOS.



A todos mis oyentes
cantarles quiero
lo que pasó en Montilla
con un arriero:
este era casado
con Juanita, la diosa del prado,
que así se llamaba;
por hermosa el doctor la rondaba
de día y de noche,
con escusa de comprarle un coche
que Juana tenía,
que heredó de su señora tía:
le ofreció dinero,
y Juanita le dijo: no quiero;
en vano posía.
Ya lo sé que la dicha no es mía;
soy tan desgraciado

que creo que en tu coche
no iré montado.
Le contestó Juanita,
que ya sabía
que aquel era su dote
y no le vendía;
porque mi marido,
cuantas veces me habrá repetido
de día y de noche:
¡ay Juanita! no vendas el coche
por ningún dinero,
para que otro lo monte,
que yo soy primero.
El médico pasaba
su ardiente estío
de amor, y no lograba
sino un desvío;

basta que resuelto
dijo à Juana: ¿me vendes tu huerto?
y ella le responde,
esta es otra como la del coche;
mas yo no me quejo,
ni por otro á mi marido dejo;
estoy muy contenta,
mas si él llega á caer en la cuenta
que habla usted conmigo,
saldrá el médico á pàlos
por el postigo.

El médico quejoso
de aquesta audiencia,
dijo: no me conformo,
ni puedo, ni quiero
olvidar tu cuerpo sandungnero:
por tí estoy perdido,
cuànto diera por ser tu marido!
y ya que no es posible,
para amarte, bien mio, soy libre;
te doy mil reales
si me otorgas, Juanita,
lo que tú sabes.

Juana que deseaba
salir del paso,
le contò á su marido
todo el fracaso;
y él muy sosegado,
dijo: calla, no tengas cuidado;
còjele el dinero,
y escarmienta à ese gran majadero;
dile que mañana
me voy fuera para una semana;
y del resultado,
será venir por lana, é ir trasquilado.

Obedeciò Juanita
á su marido,
sin salir del mandato ya referido.
Mientras el arriero
con sus mulos se saliò del pueblo,
como quien se iba
á viajar para toda su vida;
el médico estaba
esperando que Juan se marchara
por lograr su intento;
fue á buscarla sin perder momento,
y aunque estaba en cama,
sin embargo, le dijo la dama,

traiga usted el dinero
esta noche, que á cenar le espero,
y estaremos juntos,
porque yo tengo miedo
á los difuntos.

El médico prorumpe,
blanca azucena,
ya hace tiempo que andaba
tras de tu cena:
vendré á acompañarte,
y pondré mi esmero en obsequiarte,
pues por complacerte
sufriria mil veces la muerte,
dijo enamorado,
y á este tiempo cayò desmayado.
Juana le levanta;
con su voz de sirena le encanta,
y le reanima,
y el doctor poco à poco se arrima:
y ella dijo tato,
caballero, ese no es el trato;
no hay que propasarse,
mire usted que puede sofocarse,
y no necesita,
sabiendo que esta noche estoy solita.

Se fue el médico elegre
y esperanzado,
y no tuvo en su vida dia mas largo;
las horas contaba,
y à menudo del sol se quejaba,
porque no corría
tan aprisa como él queria;
llegada la noche,
por las calles iba à troche y moche
llamando á Juanita;
el doctor no hizo falta á la eita;
no llamò á la puerta,
pero es porque la encontrò abierta.
Entrò muy gozoso,
á su lado se sentò amoroso,
muy franco y sencillo
á la dama presentò el bolsillo;
ella lo asegura,
y en su seno le diò sepultura:
y estando cenando
ete aquí à la puerta llamando:
decia el arriero,
abre, chica, pronto que me muero:

22.323

y Juana que opina
esconderle en el arca de harina,
y el doctor conviene,
y Juanita ya no se detiene;
mi esposo es quien llama;
ella le abre, y su Juan
se fue á la cama.
Se quejaba el arriero,
y ella con calma
le decia: ¿qué tienes
Juan de mi alma?
Ves, llama al doctor,
que me quite este acerbo dolor:
Juana bien sabia
que en su casa no le encontraria;
pero la taimada
fue, y volvió diciendo que no estaba.
¿Qué hacemos ahora?
El no está, que venga la doctora,
que ya habrá aprendido
á curar de ver á su marido.
Se fue diligente,
y la médica vino
y pulsó al paciente.
La doctora enterada
de su complexion,
le propinó en jarabe de estomacón,
por ser muy probado;
ves por él que yo tendré cuidado:
se salió Juanita;
Juan que vió á la doctora solita,
fue y le contó un cuento
sobre el arca; y logrado su intento,
Juan quedó aliviado.
y el doctor por su culpa afrentado:
el lance no es flojo,
porque hay para volverse loco,
para no amigarse,
y motivos para no casarse,
ni hablar con mugeres:
todo aquel que en pos de placeres
no mira su afrenta,
llevará si es casado la coruamenta.
Entró Juanita, y dijo:
toma el jarabe,
no es menester, bien mio;
Dios se lo pague
aquí á la señora,

que ha acabado de curarme ahora,
y estoy convencido
que á curar le gana á su marido;
yo ya lo observaba
de la calle cuando te curaba;
veas de pagarle;
el favor que me ha hecho!
es muy grande.
Y aunque esté el doctor
si me vuelve a atacar el dolor
vendrá á visitarme,
y tendrá la bondad de curarme:
entonces, Juanita,
echó mano y le dió media oncita:
se fue á acompañarla,
y á Juan le dió la idea
de quemar el arca.
El arriero decia,
haciendo el bobo,
esta arca no me sirve
mas que de estorbo.
Le pegeré fuego,
y si acaso hay algun raton dentro
por comer harina,
pagará tambien su golosina.
El doctor, caliente,
chamuscado salió de repente;
reventó la traca,
y Juanillo echó mano á la estaca,
sin valerle Juana,
al doctor le surró la badana;
cuanto mas chillaba,
el arriero mejor le zurraba;
cuanto mas huía,
con mas alma Juan le sacudia:
hasta una vecina
le tiraba agua por encima.
Se salió engachado,
sin bolsillo y bien escarmentado
se metió en su casa;
la muger preguntó: qué te pasa?
¿Tú tambien lo sabes?
no hay motivo para que te alabes.
Cuando vino Juana
le contó toda la jarana,
y Juan muy contento
convidió á la doctora
por fin del cuento.

TROVOS.

*Mona mia , yo te adoro,
Por tus ojos estoy muerto:
Eres mi dicha y mi encanto,
Mi alegría y mi consuelo.*

*Dame esa manita de oro,
Dámela sin reparar:
Tuyo es todo mi tesoro,
Pues sin tí no puedo estar;
Mona mia , yo te adoro.*

*Si tienes conocimiento
Bien puedes considerar
Si pasaré yo tormento
No pudiéndote mirar;
Por tus ojos estoy muerto.*

*Tu lindo pelo es un manto,
Cubre tu hermosa cabeza;
Te quiero mas que á mi santo,
Tu mano mis labios besa;
Eres mi dicha y mi encanto.*

*Arrodilla lo en el suelo
Estaré aunque no quisieres,
No me levantaré luego,
Hasta que me digas que eres
Mi alegría y mi consuelo.*

*Tu presencia me enamora,
Tu sonrisa me maltrata,
Tu voz me encanta , señora,
Tu fino mirar me mata.*

*Tu garbo al mio desdora,
Tu brazo es una cadena,
Bellísima encantadora,
Hermosísima diadema,
Tu presencia me enamora.*

*Tu fino hablar no me ultraja,
Tu lindo pie me encandila,
Tu pelo mis manos ata,
Por ti muero . vida mia;
Tu sonrisa me maltrata.*

*Eres , niña encantadora,
Hermosísima Diana,
Relucenísima Aurora,
Estrella de la mañana,
Tu voz me encanta , señora.
No me seas insusata,
Y muéstrate cariñosa;
Cierra esos ojos , ingrata,
Cara de color de rosa,
Tu fino mirar me mata.*

*Tres cosas á las mugeres
Nadie les puede quitar:
Sentarse en tierra en la iglesia,
El mentir y el murmurar.*

*Son de muchos pareceres,
Poca firmeza en amor,
Me río de sus quehaceres:
Ya les dijo cierto autor,
Tres cosas á las mugeres.*

*Suelen el tiempo pasar
En casa de las vecinas,
De lo que no es, hablar,
De cizañas y mentiras
Nadie les puede quitar.*

*Lo mismo en Francia que en Grecia
Corren esas malas famas,
No crean que es cosa necia,
Que es vicio entre las madamas
Sentarse en tierra en la iglesia.*

*Cuando empiezan á charlar
Su lengua es un cortador,
¡ Vaya un modo de pensar!
No tienen miedo al Señor:
El mentir y el murmurar.*

FIN.

Valencia : Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 24.